



Entre los diferentes planes de campaña que se discutieron en la corte, el que mereció ser adoptado se distinguía por su atrevimiento. No debía esperarse á ser acometida por la Francia; y nuestra invasion se efectuaría por el Rosellon, punto que ella conceptuaba sin duda menos vulnerable porque la naturaleza y el arte presentaban allí mayores obstáculos. La invasion avanzaría hasta los departamentos en que la causa del realismo contaba partidarios, é iniciaría así la contra-revolucion en el seno de la Francia. ¡Quién sabe si aquella corte, al parecer desinteresada, concebía como recompensa de esta costosa y arriesgada empresa, la incorporacion á España de aquel país, parte en otros tiempos de sus dominios! Para favorecer el éxito de la empresa, se haría al mismo tiempo un amago por Guipúzcoa y Navarra.

La fama de génio militar y conocedor de la táctica moderna que gozaba el general Ricardos le dió el mando del ejército de Cataluña, que era el principal, aunque sólo debía constar de veinticinco mil hombres. Ricardos justificó luego en gran parte las esperanzas que de su pericia se habian hecho. Sin aguardar á que sus fuerzas estuviesen organizadas ni aún completamente reunidas, escoge tres mil quinientos hombres, atraviesa con ellos la frontera el 15 de Abril, arrolla cuanto se le opone en la Cerdeña francesa, y venciendo al general Deflers en la batalla de Masdeu, lleva el terror hasta las puertas de Perpiñan. La rendicion de Argeles, Elena y otros puntos fortificados, obtenida á su influjo, le aseguró la conquista del alto Wallespin. La de Bellegarde, conseguida á pesar de una obstinada resistencia de treinta dias, le permitió avanzar confiadamente sobre el Tuhir, y en seguida llevó su línea hasta el Tet, dominando así todo el terreno que media entre este rio y los Pirineos.

La llegada del general Dagobert al campo enemigo hizo vacilar algo el éxito de la campaña. Por medio de un golpe atrevido se lanza sobre el país que deja á su espalda Ricardos, sorprende á Puigcerdá y obliga á su defensor, la Peña, á replegarse á Urgel; derrota á Vasco en Oleta, y aunque pierde la reñida accion de Peyrestortes, como precisó al marqués de las

Amarillas á abandonarlo en seguida, y Courten se retiró á Truillas, y en el Coflans sus subalternos obtuvieron tambien triunfos, éstos le sugirieron el intento de acorrallar á los españoles tras el Tech para salvar á Perpiñan de su incómoda presencia. Pero donde esperaba hallar un nuevo laurel encontró un amargo desaire de la fortuna. Dagobert, creciendo en audacia con el refuerzo de diez batallones, que acababa de recibir, concibió la idea de cortar á sus enemigos la retirada á Cataluña, y les atacó inmediatamente en su ventajosa posicion. Ricardos tenía su ejército dividido en tres cuerpos: el uno situado en Truillas, que era el centro; el otro en Masdeu, formando el ala derecha, y el otro en Tuhir: en las alturas de Reart colocó una batería apenas conoció que los franceses se dirigian hácia ellas, con objeto de ocultar su verdadero ataque contra la izquierda. El punto accesorio del plan se convirtió empero en principal: el duque de Osuna, que mandaba la batería, no da la voz de fuego sino cuando la proximidad á medio tiro de cañon promete un seguro estrago cada explosion de sus doce cañones de veinticuatro, cargados de metralla. En efecto, la primera columna que avanza ve desaparecer su cabeza cada vez que dispara la terrible batería; y aunque unos tras otros batallones avanzan valerosamente á recibir la muerte sobre los cadáveres de los primeros, la oportuna llegada de Ricardos con un poderoso refuerzo, pone término al heroismo de los unos y los otros, decidiendo en su favor la victoria más sangrienta de aquella campaña. La caballería no podía operar porque obstruian el paso los cadáveres.

Hubo en esta batalla un hecho que dió á conocer el terrible poder á que obedecian los generales republicanos. Cuando una de sus divisiones atacaba al mismo tiempo el cuartel general de Truillas, Ricardos por medio de una hábil maniobra, la coloca entre los fuegos del baron Kesel, el brigadier Godoy y Courten. La rendicion era inevitable, y los españoles la proponen; el jefe enemigo pide veinte minutos para consultarlo con su general; y éste, que se hallaba á retaguardia y muy cerca de la tropa cercada, al oír la proposicion, manda hacer



fuego indistintamente sobre franceses y españoles.

La victoria, sin embargo, en vez de mejorar empeoró la situacion de los vencedores, pues, habiendo recibido al dia siguiente el valeroso Dagobert un refuerzo de quince mil hombres, fué preciso á Ricardos ordenar la retirada al Boulou por la notable desventaja de fuerzas en que venía á quedar. En esta operacion fué donde, más que en las batallas, hizo Ricardos conocer á ambos ejércitos sus talentos militares: ni una pieza de artillería, ni un bagaje cayó en poder del enemigo; y por grandes, por desesperados esfuerzos que éste empleó por espacio de veinticuatro dias, para penetrar en su campo atrinchado, tuvo que renunciar mal su grado á su intento sin una compensacion de las estériles victimas sacrificadas en tres ataques generales y once combates parciales.

La pequeña villa de Camprodon adonde parece que quiso buscarla, sirvió para aumentar su humillacion, pues, si bien se apoderó de ella al frente de cinco mil hombres, por no encontrar más oposicion que la del vecindario, éste no le abandonó sus hogares sino para volver con refuerzo y obligarle á restituírselo cuando apenas gozaba de su presa algunas horas.

Vióse Dagobert reemplazado por Turreau, general salido de la revolucion con toda su audacia y energía. Su primera operacion fué un ataque directo al campamento español. Courten, que mandaba la derecha, se encontró arrollado en el primer ímpetu; pero, como le abandonó para dirigirse contra el centro, establecido en Montesquiú, y este se hallaba rezado, Courten no tardó en volver al combate. Rechazados allí los franceses, cargan en dos columnas contra la izquierda, y la desesperacion de verse tambien allí rechazados, los precipita á lanzarse sobre la batería de Pla del Rey, cuya toma hubiera cambiado sin duda el aspecto del combate. Atacáronla seis mil hombres multiplicados por el despecho, y la defendía con sólo mil quinientos el coronel Taranco, que ilustró allí su nombre. Despues de siete inútiles embestidas, tres veces perdida y recobrada la batería, el bizarro comandante tuvo que aban-

donarla á la cuarta, cuando vió reducida su gente á menos de la mitad. No quiso empero alejarse todavía esperando socorro, uno de trescientos hombres para que en el acto volviese al combate cargando á la bayoneta. Duraba aún la luz crepuscular de la mañana, y el combate fué terrible, como en tinieblas. Turreau, asombrado de tal obstinacion y valor, restituyó á Taranco, como á su legítimo dueño, aquella pequeña piedra que debía servir de cimiento á su honrosa memoria.

Renunciando por entónces á operaciones ofensivas, se limitó á cortar las comunicaciones de las divisiones españolas con Cataluña y entre sí; pero Ricardos supo asegurar á Ceret, que era la llave de estas comunicaciones, y tomó de nuevo el hilo de sus victorias apoderándose de Villalonga, San Genis, Bañuls, Portvendres y Collioure. Solo faltó la toma de Perpiñan para que los planes de Ricardos en la campaña de 1793 obtuviesen una completa realizacion. Si hubiese tenido más recursos, sobre todo más fuerzas, sería preciso acusarle de falta de osadía, pues, habiéndose entónces declarado en rebelion contra el gobierno republicano, el departamento de la Lozere, uno de los meridionales, debería haberse abierto una comunicacion con él, extendiendo hasta su campamento la guerra civil, sin que le detuviese en aquella clase de lucha la mezquina consideracion de si dejaba á sus espaldas algunos puntos fuertes en poder del enemigo.

La revolucion entretanto habia llegado al apogeo de su terrible majestad. La primera coalicion, vencida por los reclutas republicanos, difunde el terror á las demas monarquías y consigue la accesion de las que, por prudencia ó por temor, se habian retraido hasta entonces. Ya no es sólo el Austria, la Prusia y el Piamonte quienes se ligan contra la revolucion; es tambien la Inglaterra, España, Cerdeña, y Holanda y Rusia, aunque la secreta intencion de esta potencia se dirige contra la infeliz Polonia. La Europa toda se levanta para apagar con sangre el volcan de la Francia, que amenaza devorarla y devorarse á sí propia.

La convencion nacional, preparando el suplicio de Luis XVI, se dividió en dos bandos,





la Montaña y la Gironda; aquel exaltado hasta el frenesí, y éste moderado hasta haber absuelto al rey si las circunstancias se lo hubiesen permitido. Aquel, apoyado en los jacobinos, era en realidad el que dominaba, porque en épocas semejantes, de exaltación y peligro, la opinión se inclina hácia donde encuentra mayor energía. La influencia de los jacobinos, empero, amenazaba convertir á la Francia en un vasto lago de sangre, y entre los diferentes proyectos que se formaron para librarla de su terrible tiranía, era uno el del general Dumouriez, que mandaba en jefe el ejército del Norte, y á cuyas victorias se debía la conquista de Bélgica. No se sabe si el designio era proclamar al Delfín bajo el nombre de Luis XVII ó al duque de Chartres, primogénito del duque de Orleans, como una transacción con la nueva época inaugurada desde los Estados generales. Los girondinos, á quienes propuso salvarlos del yugo de sus enemigos si conseguían un decreto que le permitiese trasladarse con su ejército á París, acogieron con gozo las primeras indicaciones del general; pero, reflexionando sobre los peligros á que se ponían y exponían á la república, que al fin querían con sinceridad, si entregaban sus destinos á la dictadura que de un modo seductor se les proponía, rehusaron toda participación en un plan liberticida.

Dumouriez no por eso renunció á su proyecto sino que esperó á que las victorias le abrieran el camino de la dictadura. Emprende ufano la conquista de la Holanda; pero la fortuna le vuelve la espalda cuando más la necesita, y en la derrota de Aix-la-Chapelle, que le arrancó imprudentes acusaciones contra la convención, empezó hacerse incompatible con la Montaña, á quien atribuía la insubordinación de sus tropas, y ésta el revés que acababa de experimentar. La terrible batalla de Neerwieden en que perdió de una vez lo que le había granjeado la popularidad, la conquista de Bélgica, vino á precipitarle en sus imprudentes planes. Mina él mismo la disciplina de su ejército; pónese de acuerdo con el enemigo para establecer la constitución de 1791, y trata de apoderarse de Lila, Condé y Valenciennes para apoyar en ellas sus nuevas operaciones contra el co-

razón de la república. Sospechando su traición, la convención nacional le manda cuatro comisarios de su seno á pedir explicaciones de su conducta: él por toda contestación los envía prisioneros al campo enemigo, y viendo que el ejército murmura y amenaza su vida, consuma la traición pasándose á los austriacos.

Coincidió este grave suceso con la retirada de Custine, derrotado en Francfort, dejando desamparada á Maguncia; con la victoria de los piemonteses en Saorgio, con la ocupación del Rosellon por los españoles, y con el levantamiento en masa de la Vendée en defensa del rey y la religión. Por todas partes parecía conjurada la fortuna contra la república. Esta, no encontrando ya qué oponer á semejante conjuración sino su desesperación misma, encomienda la salvación pública á Robespierre, Danton y Marat, y la ejecución de los girondinos de la convención, á quienes se inculpa de la traición de Dumouriez, es la primera matanza que anuncia á la Francia y á la Europa el reino del terror. ¡Reinado espantoso y horrendo al que contribuyeron todos, las circunstancias y los hombres, y en el cual es fuerza reconocer sin embargo cierta majestad imponente y grandiosa! ¿Ofrece la historia del mundo un espectáculo semejante? La Vendée ardiendo en guerra asoladora; los girondinos, perseguidos por la guillotina, levantando también una bandera de rebelión; el extranjero, posesionándose de Maguncia, Valenciennes y el Rosellon, el federalismo amenazando disolver á la Francia; y más allá de este negro horizonte, la Europa entera aprestando sus huestes para exterminar la república. La república empero no se rinde ni se aterra; la convención pide en nombre de la patria en peligro que se le conceda el derecho de vidas y haciendas, sobre todos los franceses y bien pronto la Francia entera se convierte en un inmenso campamento. Faltan cañones, y se funden las campanas; escasean las lanzas y los fusiles, y mil fraguas públicas los fabrican con las verjas y los balcones de los palacios; no hay pólvora, y se destruyen las bodegas para extraer de su tierra el salitre; del ejército no existen sino reliquias, y catorce ejércitos que llevan un millon doscientos mil combatientes, marchan á



las fronteras á defender la independencia y la libertad; faltan generales, y el genio de Carnot los designa de entre la tosca multitud, y la convención les señala plazo para vencer ó morir.

Uno de los sangrientos episodios que produjo este sacudimiento universal tuvo lugar en Tolon, una de las primeras ciudades marítimas de la Francia. Levantóse, no como Burdeos, Lyon y Marsella en defensa de los girondinos contra la dictadura de la convención, sino proclamando á Luis XVII con la constitución del 91. Temerosos con más razón de la suerte que acababan de sufrir los republicanos de Marsella, y no teniendo guarnición ni elementos bastantes para resistir á los vencedores, los toloneses llamaron en su auxilio á los ingleses y los españoles, que en acecho de una ocasión favorable, tenía en aquellas aguas dos escuadras. Sus almirantes Hood y Lángara se apresuraron á entrar en el puerto y posesionarse de la ciudad; pero la diversidad de miras á que uno y otro obedecían se manifestó desde el momento en que fué necesario dar principio á las operaciones. Los españoles querían que se llamase como regente al conde de Povenza, luego Luis XVIII, y que se llevase la propaganda realista por los departamentos del Mediodía, principiando por Marsella, donde se contaban muchos partidarios. Los ingleses deseaban estos planes, sin proponer otro alguno, con lo que, y las cuestiones que sostuvieron empeñadamente sobre el mando de la plaza, dieron motivo á sospechar que no habían entrado en el puerto sino para arruinar la marina francesa.

Entretanto llegan los republicanos sedientos de venganza y exterminio, establecen baterías, y estrechan á los sitiados. Por algún tiempo el valor de éstos resiste con ventaja el furor de los republicanos; pero la presentación de un oficial joven desconocido, que ofrece rendir la plaza desde una sola batería, decide en efecto el abandono de Tolon por los aliados. Aquel oficial era Napoleón Bonaparte.

Los ingleses, al resolver la evacuación de Tolon propusieron el incendio del arsenal, los astilleros y los navíos de aquel departamento; y por más que á semejante iniquidad se opuso la nobleza del carácter español, como su escuadra,

no ménos que la sarda, se hallaba sometida á aquéllos, nuestros generosos marinos tuvieron que cooperar á aquel acto de frío y bárbaro egoísmo. La primera noticia que los infelices toloneses tuvieron de la retirada de sus aliados se la dieron las gigantescas llamaradas de veinte navíos y fragatas de su armada. Al verlos alejarse y oyendo ya á sus puertas los gritos exterminadores de los republicanos, «más de veinte mil personas, dice un historiador francés, entre hombres, mujeres, ancianos y niños, se presentan apresuradamente en el muelle cargados con lo más precioso que tenían implorando el favor de los que les abandonaban para librarse del ejército victorioso.

Ni una sola chalupa se veía en el mar para socorrer á estos imprudentes franceses que habían depositado su confianza en extranjeros, entregándoles el primer puerto de su patria. El almirante Lángara, sin embargo, más humano que los ingleses, mandó echar sus lanchas al mar y recibir en la escuadra española á cuantos cupiesen en ella. Entonces el almirante Hood, no atreviéndose á despreciar este ejemplo, ni á prescindir de las imprecaciones que contra él se lanzaban, ordenó, aunque muy tarde, acoger á los toloneses. Los desdichados se precipitan en las lanchas con la mayor desesperación, cayendo algunos al mar en medio de la confusión que reinaba y quedando otros separados de sus familias. Veíanse allí madres y esposas buscando á sus maridos y á sus hijos, andando por el muelle á la luz que arrojaban las llamas. En aquel momento terrible, aprovechándose unos cuantos foragidos de un desorden que podía favorecer el saqueo, se introducen entre aquella desventurada gente agolpada en el muelle, y empiezan á hacer fuego gritando: ¡los republicanos! Aterrada la multitud con este grito, se precipita con el mayor desorden, y abandona á los autores del ardid cuanto lleva consigo, con objeto de quedar más desembarazada para la fuga.»

Las palabras de otro historiador notable de aquellos sucesos acabarán de justificar la conducta de la marina española en aquella malhadada expedición. «No fueron españoles, dice, los que perdieron los puntos del Faron y la





Masca, que, una vez en manos del enemigo impedían cubrir las radas y guardar la plaza por más tiempo. Gloria y lauro del valiente Mendinueta, que sostuvo hasta el fin en San Antonio el Grande el honor de nuestras armas en la terrible noche de 17 de Diciembre, rechazó al enemigo, y él mismo dió refugio al comandante inglés, que, sorprendido en la Masca, derrotado y fugitivo, fué á ampararse en aquel punto. Todo el día 18 la bandera española tremoló en aquel fuerte, y no salió la tropa sino en virtud de orden de sus jefes para embarcarse aquella noche. Obligados á retirarnos, hasta el postrer honor de aquella retirada se lo llevó España, cuando, abandonados por los ingleses los fuertes que debían cubrir la propia marcha de los suyos, anticipando aquellos la hora de la fuga, y dejadas en descubierto las alturas que dominaban á la Malga, nuestras tropas la guarnecieron con sus pechos y sus armas. La indignación castellana resolvió darles una lección de fortaleza, y les concedió que formasen la vanguardia para el embarque; el centro lo tuvieron los italianos, y la España formó su gente á retaguardia, la postrera que dejó el puesto paso á paso, sin confusión, sin abandonar ni un soldado, ni un enfermo, ni un herido, ni ningún desgraciado. Córdoba y Mallorca fueron los postreros regimientos que se embarcaron. El mayor general don José Ago, digno de eterna fama, fué el último valiente que, cuando ya no quedaba en tierra ni un soldado, y después de embarcados un gran número de individuos toloneses, de día, con luz clara, á las ocho de la mañana, dejó el muelle y disparó el postrer tiro al enemigo.»

España salvó ciertamente su honra en la funesta empresa de Tolon; pero esta satisfacción consoladora no podía conjurar los males sufridos y los más graves que eran ya de temer en una guerra emprendida sin consideración á los intereses del país, y que pudo muy bien evitarse, siguiendo los consejos del conde de Aranda.

La corte no los atendió quizá porque estaba ya sometida á la influencia de Godoy; influencia que nada prueba tanto como las persecuciones que tales consejos atrajeron sobre aquel

hombre ilustre. En el mes de Febrero del año siguiente 1794, reunió el rey en Aranjuez, para acordar el plan que debería seguirse en la inmediata campaña al general Ricardos y los de las demás provincias fronterizas, al conde de O'Reilly, al duque de Mahon-Crillon y á los consejeros de Estado. El conde de Aranda, que no tenía motivos para haberse arrepentido de ser partidario de la paz con la república, pues al fin los franceses pisaban ya el territorio español, posesionados como estaban de Puigcerdá, insistió en combatir con energía la guerra por impolítica, ruinosa y superior á nuestras fuerzas. Las razones por donde vino á esta triple conclusión fueron expuestas en un lenguaje tan claro y desusado en aquel sitio, que produjeron un verdadero escándalo en la régia estancia. Godoy, después de terminada la lectura del discurso del conde, se dirigió al rey y le dijo: «Señor, este es un papel que merece castigo, y al autor de él se le debe formar causa, y nombrar jueces que le condenen, así á él como á varias otras personas que forman sociedades y adoptan ideas contrarias al servicio de V. M., lo cual es un escándalo. Es preciso tomar providencias rigurosas. A los que somos ministros de V. M. nos toca celar mucho estas cosas y detener la propagación de las malas máximas que se van extendiendo.»—El conde de Aranda, no ménos sorprendido que indignado, de agresión tan inesperada, respondió: «El respeto á la presencia del rey moderará mis palabras, que á no hallarse aquí S. M., yo sabría cómo contestar á semejantes expresiones,» y levantó la mano derecha con el puño cerrado inclinado hácia adelante, en ademán que anunciaba intención de combate personal.—«Expóngaseme, añadió, los errores que tiene ese sentir, ya políticos, ya militares, y procuraré dar mis razones ó retractaré mis asertos cuando oyere otras que estén mejor fundadas que las mías.» Siguió el diálogo de una manera animada, aunque procuró cortarlo uno de los miembros del Consejo; pero habiendo insistido Godoy en un juicio sobre el dictámen del conde para su castigo, éste, con un acento de concentrado enojo, se encaró con él diciéndole: «Señor duque, sabría yo someterme á todo.



Fuera de este procedimiento (exclamó, presentando el puño como anteriormente, llevándole primero á la frente y después al corazón), todavía tengo, aunque viejo, corazón, cabeza y puños para lo que pueda ofrecerse.» Interpusieronse varios para terminar aquella escena pidiendo que todo quedase sepultado dentro del Consejo, y que ni en él se hablase más de la materia. Cesó el diálogo, y el rey, que no había alterado su natural semblante indiferente durante el debate, se levantó diciendo: «Basta por hoy,» y se marchó. Godoy asegura que al pasar por junto al conde, intentó éste hablarle para disculparse; pero que Carlos le contestó en alta voz: «Con mi padre fuiste terco y atrevido, pero no llegaste hasta insultarle en el Consejo.»

No había trascurrido una hora cuando el conde de Aranda recibió una orden para hacer entrega en el acto de todos sus papeles relativos á los destinos que había servido, y otra para salir inmediatamente de la corte desterrado á Jaen, que se ejecutó sin permitirle tiempo ni aun para tomar alimento. No satisfecho con eso el joven duque de la Alcudia, se asió de un pretexto frívolo para encerrarlo en el castillo de la Alhambra de Granada. Por el detrimento de su salud fué luego trasladado á Sanlúcar de Barrameda y á Epila, uno de sus Estados de Aragon, donde le alcanzó la muerte (1798), siendo de todos considerada como una pérdida lamentable para España, porque se habían cumplido ya sus tristes predicciones.

Los talentos militares de Ricardos hubieran tal vez disminuido los desastres que se experimentaron; pero habiendo fallecido al ir á emprender la segunda campaña, fué á parar el mando en el conde de la Union, militar de un valor temerario, pero sin dotes de general. La desgracia que presidió á todas sus operaciones se manifestó desde los primeros pasos que dió. La posesión de Boulou, como punto céntrico del territorio que dominaban los españoles, era de suma importancia para ambos ejércitos. Dugommier, que se había distinguido con la rendición de Tolon y era entonces el general del ejército republicano, lanzó dos ataques victoriosos contra la izquierda y la derecha de la

posesión, y no necesitó más que intentar el directo para ver al ejército español retirarse con suma precipitación y desorden á su propio territorio, hasta ponerse bajo el amparo de las baterías de Figueras. La pérdida de la línea del Tech, fruto de la anterior campaña, la de dos mil hombres que el enemigo hizo prisioneros, y la de la confianza que el soldado debe tener en su jefe, fueron el resultado de aquella retirada vergonzosa y funesta, que tuvo por inmediatas consecuencias la rendición de las fortalezas de San Telmo, Collioure y Port-Vendres. Ya no quedaba á los españoles más que la plaza de Bellegarde que atestiguase las victorias del año anterior en el Rosellon; y, sitiada también, una heroica resistencia no pudo salvarla de la suerte común. Volvieron con esto á encontrarse frente á frente en la línea de Figueras en Noviembre los dos caudillos, el conde de la Union y Dugommier, que hallaron allí su muerte en los diferentes ataques que se libraron. Pero la del general francés no produjo más que un simple cambio de bastón, mientras que la del español ocasionó la afrentosa retirada de todo el ejército, ordenada por Amarillas, aunque apoyado en Figueras, y la entrega de esta misma plaza. La retirada, habiendo tenido los franceses la previsión de apoderarse del puente de Moulins, nos costó diez mil muertos, ocho mil prisioneros y treinta piezas de artillería; mas la entrega de Figueras, tenida por una de las mejores plazas de Europa, y estando guarnecida con diez mil hombres, y fortificada con doscientos cañones y abastecida de víveres para seis meses, fué á un más ignominiosa, verificándose sin disparar un tiro, á la primera intimación del enemigo. Se sospechó que el gobernador Torres había traficado con su honor, y el consejo de guerra á que se le sujetó le condenó efectivamente á muerte, pena que conmutó el monarca en la de destierro perpétuo. Así terminó por aquella parte esta segunda campaña.

Por la parte del Norte nos fué la suerte igualmente contraria. Caro, que mandaba el ejército de las provincias Vascongadas y Navarra, no había hecho otra cosa el año anterior que mantener sus tropas en el territorio fran-